

(subjetivas) que los hombres y los grupos cristianos se han ido formando en cada momento acerca de la verdad, y en concreto de la verdad revelada. Pero la verdad misma escapa al trabajo teológico (ya antes había escapado a la razón y a la fe), y la teología pasa a ser propiamente historia de las sucesivas captaciones históricas de la verdad. Cuando esa historia no es excluyente ni polémica, sino irénica y abierta, la teología se hace "ecuménica": porque todas esas concepciones, en su mutua interacción, apuntan dialécticamente hacia la *única* verdad...

No querrían estas observaciones achicar la magnitud de la empresa recién comenzada, sino encuadrarla, tratando de comprender la perspectiva en que se sitúan sus mismos promotores y valorándola en razón de su utilidad para los estudiosos e investigadores católicos. Hay en lo que hemos visto de este primer volumen de la TRE un gran material de cuya validez no sería lógico dudar, pero el horizonte del trabajo nos parece ser el que hemos descrito, tan diverso del que la fidelidad a la Revelación divina señala a los teólogos católicos.

Una información complementaria juzgamos del máximo interés: los volúmenes de la TRE vienen precedidos de un estupendo volumen de 400 páginas titulado *Abkürzungsverzeichnis*, fruto del trabajo de Siegfried Schwerther. Como su nombre indica, está dedicado a enumerar las siglas y abreviaturas de las fuentes, colecciones y revistas que se citan en la Enciclopedia. (Para *SCRIPTA THEOLOGICA* recogen la sigla habitual: ScrTh). Es una labor prácticamente exhaustiva la que refleja el volumen en cuestión: de ahí que su utilidad para una buena acribia científica sea difícil de exagerar. No dudamos, pues, en recomendar la utilización de este *corpus* de abreviaturas, que, si se llega a generalizar, facilitará grandemente la comunicación entre los culti-vadores de las ciencias sagradas.

PEDRO RODRÍGUEZ

MIRCEA ELIADE, *Histoire des croyance et des idées religieuses, I. — De l'âge de la pierre aux mystères d'Eleusis*, Payot, Paris 1976, 492 págs.

El rumano M. Eliade, por tantos conceptos benemérito historiador de las religiones, nos brinda —según su propia confesión— la obra "que probablemente será mi última contribución a una disciplina tan querida para nosotros (su esposa y él)" (p. 11).

Este volumen, que expone la "historia de las creencias y de las ideas religiosas desde el paleolítico hasta los misterios de Eleusis", es el primero de una trilogía. El segundo desarrollará el mismo tema, título general de los tres volúmenes, desde Buda hasta el triunfo del cristianismo y el tercero desde el islamismo hasta las doctrinas desacralizadoras de nuestros días. El A. tiene la esperanza de poder reducir las 1.500 páginas de esta trilogía a unas 400 págs., a fin de ofrecer un manual al alcance de los estudiantes.

En este primer volumen, de acuerdo con los títulos de sus quince capítulos, trata, en sendos capítulos, de las creencias religiosas en el paleolítico, del mesolítico y del neolítico, de las religiones mesopotámicas (Sumeria y Acadia), de Egipto en la antigüedad, de la cultura megalítica, de los hititas y cananeos, de la religión irania (especialmente del zoroastrismo). Dedicó dos capítulos a la historia religiosa de Israel anterior a Jesucristo, así como a la religiosidad en la India anterior a Buda y cuatro a la religión helénica, de ellos dos a la vertiente olímpica celeste, y dos a la mística. No considero oportuno detenerme en valorar esta distribución de los capítulos ni la consiguiente extensión e importancia, atribuida a las distintas formas religiosas.

El A. comienza por afirmar la sinonimia entre "hombre" y "ser religioso" y que "lo sagrado es un elemento en la estructura de la conciencia humana, no un estadio en la historia de esta conciencia" (pp. 8 y 15ss) o, con otras palabras, que la religiosidad es un constitutivo definitorio del ser humano como la racionalidad y la animalidad. Indiscutiblemente es un acierto. Por tanto, desde su primera aparición en la tierra, el hombre fue religioso. Para el A. es tan clara esta tesis que no se detiene a demostrarla, aunque implícitamente se deduce de su interpretación del arte paleolítico, parietal y mobiliario, así como de las formas más primitivas de enterramiento. Por eso, "corresponde a los partidarios de la no religiosidad (del hombre paleolítico) aducir pruebas en apoyo de su hipótesis" (p. 15). Aunque no aluda a ellos, ojalá se enteren los últimamente encandilados por el análisis marxista de la historia —por ejemplo, G. A. Gurew—, quienes consecuentes con sus principios y con su método, se empeñan en poner el ateísmo como punto de partida de la humanidad, y a la vez como meta. Y esto, a pesar de sostener, con categoría de dogma científico, la teoría del evolucionismo, aplicable a todos los ámbitos del quehacer humano... menos al religioso.

Juzgo del todo necesario detenerme en resaltar el notable grado de incidencia de los estudios de M. Eliade en la historio-

grafía religiosa. Tampoco voy a enumerar su dominio sobre temas de los terrenos vecinos y sus frecuentes incursiones en los mismos en orden a ampliar la perspectiva de cualquier tema religioso, siguiendo el hilo de sus raíces y de sus ramificaciones, más o menos amplias, con la compleja red de connotaciones en la historia del pensamiento humano. La lectura de este volumen lo evidencia. Nadie osará discutir el prestigio merecidamente alcanzado a lo largo de una vida consagrada a su especialidad en la doble vertiente docente e investigadora.

En el inicio mismo del primer capítulo el A. supone el evolucionismo antropológico sin detenerse a “discuter ici du problème de l’homínisation”, y esto “malgré son importance pour la compréhension du phénomène religieux” (p. 13). No creo acertada esa postura y menos aún se justifica que ni siquiera mencione las otras dos explicaciones del origen del hombre, a saber: el creacionismo y el emanacionismo o evolucionismo regresivo, de tanta trascendencia en la historia de la religiosidad humana; por descontado, mucho mayor que la del evolucionismo progresivo de presencia reducida a nuestros días y a un período o, tal vez mejor, a algunos autores de la Hélade.

Respecto de la religiosidad en el paleolítico, la interpreta en clave chamánica y mágico-religiosa (pp. 27ss). Aparte de las razones aducidas parece convincente que, si en nuestros días perviven manifestaciones mágicas y del chamanismo, también las habría durante el paleolítico e incluso con mayor intensidad. Pero, a mi juicio, el arte rupestre permite perfilar más las características de la religiosidad, descubriendo la creencia en una divinidad suprema, concebida como diosa madre, y representada teriomórficamente o en figuración no humana, sino animal. Pueden verse las razones y amplia exposición en mi obra *Constantes religiosas europeas y sotoscuevenses*, Facultad de Teología, Burgos 1963.—Aparte del Verbo Encarnado, Jesucristo, verdadero Dios y hombre perfecto, la divinidad no es ni hombre ni animal, masculino ni femenino; su ser Espíritu purísimo trasciende esas categorías. Por tanto, a la hora de su concepción racional por medio de la analogía y de su representación artística puede hacerse en figuración humana o animal, masculina o femenina. Una constante religiosa de la humanidad —la telúrica— representa a la divinidad como diosa madre y en figura animal. Precisamente en este primer volumen echo de menos un capítulo dedicado a este tipo de religión, aunque varios de sus elementos aparecen diseminados en diferentes capítulos. De este modo se habría evitado la impresión de un enfoque demasiado étnico-político, nacional:

religión de los sumerios, de los acadios, de los egipcios, de los hititas, etc. Este punto de mira, exclusivo hace unos decenios, va siendo superado.

El A. insiste en "la unidad fundamental de los fenómenos religiosos" y en la de "la historia espiritual de la humanidad" (pp. 8, etc.). No le falta razón en cuanto en no pocos estudios de historiografía religiosa se presupone una total incomunicación y fragmentación de lo religioso. Pero esa "unidad" no justifica caer en el extremo opuesto mediante la aplicación desorbitada del comparativismo etnográfico. Es lo que ocurre, cuando de uno o muy pocos aspectos de coincidencia se explica un hecho por otro, distante miles de años en el tiempos y de kilómetros en el espacio. Lo hace el A., por ejemplo, en la interpretación del arte rupestre postpaleolítico del Levante español por comparación con los ritos de los tiurunga, uno de los actuales pueblos primitivos de Australia (p. 42).

Como en todos los estudios de historiografía religiosa, el A. habla de los tres monoteísmos (p. 273, etc.), a saber, el islamismo, el judaísmo y el cristianismo. No obstante lo definitorio del cristianismo no es el simple monoteísmo, sino el monoteísmo trinitario, la fe en el Dios Uno y Trino. La Unidad divina puede ser alcanzada por medio de la razón, la Trinidad —por pertenecer a la vida íntima de Dios— sólo puede ser conocida mediante la Revelación divina; no se exterioriza en el obrar divino *ad extra* (huellas de Dios en el cosmos y en el corazón humano).

Además, es de lamentar que el A. considere la religión israelita como una de tantas (pp. 175ss.), fruto del "genio religioso de Israel" (p. 184), sin alusión a la divina Revelación ni a la inspiración de los libros del Antiguo Testamento. A mi juicio, el criterio objetivo, científico, exige exponer cada religión tal cual fue propuesta por su fundador y es creída por sus miembros. Si, por la razones que sean, no se comparten esas creencias, podrán añadirse las observaciones que se consideren adecuadas y manifestar sus puntos de discrepancia, así como los motivos. En descargo del A. debo añadir que en varios puntos sigue a algunos escrituristas (p. 431) y, por consiguiente, obra con honradez humana, al fiarse de unos autores especialistas en una materia en la cual no lo es él. Claro que estos escrituristas, en la interpretación del A. Testamento, tienden a dar más importancia a la "analogía cultural" que a la "analogía fidel", e incluso proceden como si ésta no conservara vigencia.

En la p. 253 menciona el *jainismo*. Como en el segundo volumen tratará, sin duda, de esta religión, puede llegar a tiempo

la siguiente aclaración. De ordinario esta forma religiosa, aparecida en la India (s. VI a. C.) suele ser llamada "jainismo", "yainismo" y, en contadas ocasiones, "jinismo". En sánscrito los derivados de este tipo se forman diptongando la vocal del radical, por ejemplo, Budha-baudha, Siva-Saiva y, evidentemente, "Jina-jaina". Por tanto, la palabra "jaina", por sí sola, equivale al castellano "jinismo", cuyo sufijo indica "derivación, pertenencia...". Luego éste debe unirse al originario Jina; de otro modo tendríamos que el mismo vocablo significaría lo mismo tanto para la diptongación sánscrita como por la sufixación castellana. Además, en este supuesto, debería decirse "baudismo" en vez de "budismo".

Por fin, la manifestación de un sentimiento dolido por un vacío, al que tan acostumbrados estamos los de habla hispana. Me refiero a la ausencia total de la bibliografía en lengua española. Y esto, a pesar de que algunas obras, por ejemplo, la de A. ALVAREZ MIRANDA, *Ritos y juego del toro*, Madrid 1962, son un estudio monográfico y el más completo y serio sobre el tema, cuya bibliografía aduce p. ej. en la p. 423. Naturalmente, cuando habla de la serpiente, no extraña que desconozca mis estudios *La serpiente, epifanía y encarnación de la suprema divinidad telúrica: la madre Telus-Tierra*, "Burgense" 6 (1965) 9-71 y *El pecado original, una narración etiológica y parenética*, "Burgense" 8 (1967) 9-63, aunque estén citados en el *Theologische Wörterbuch zum Alten Testament*.

Resulta acertada la lectura continuada del texto con escasas notas a pie de página y la dedicación de un complemento bibliográfico al final de la obra (págs. 389-478). Facilita la consulta y el manejo de este volumen un índice de materias (pp. 479-87), que podría y tal vez debería haber sido más pormenorizado.

MANUEL GUERRA

José María CASCIARO (dir.), *Sagrada Biblia. I.—Evangelio según S. Mateo; II.—Evangelio según S. Marcos*, Ediciones Universidad de Navarra, Pamplona 1976, 413 y 251 págs. respectivamente.

La nueva edición comentada de la Biblia, que comienza con estos dos volúmenes es obra de un equipo de profesores que dirige José M.^a Casciaro. Los autores reconocen "Hemos procurado conseguir lo que hoy se considera exigible en una traducción seria: la fidelidad al texto que se traduce, respetando sus propio genio y estilo,